

9 de noviembre de 2006

El Rey Carlos

Jeremy Quinton



Desde un lado de La Isla de Sol se ven Los Andes que suben y bajan por todo el continente, y por el otro, al horizonte, la orilla peruviiana del Lago Titicaca.

Un lago más grande que muchos mares... En la isla nació no solamente el sol, según la mitología inca, también lo hicieron otras figuras incaicas. Como es de imaginar, es un sitio mágico, sobre todo al principio y al final de cada día, cuando un sol poderoso saluda y se despide de todos y de todo.

En la isla conocimos a un guía “turístico” — Carlos.

Hombre de unos cuarenta, nos enseñaba las ruinas Chincana, con toda la ilusión, paciencia y cariño del mundo. Nos contaba que nosotros éramos sus “hermanos”, a diferencia de “turistas” o “visitantes”, que a él, nos explicaba, le parecían títulos fríos.

Pero antes de llevarnos por las ruinas con sus anécdotas, dibujos en la arena, y sus propias preguntas sobre nosotros y de dónde habíamos venido, nos decía que al final del *tour* podríamos ofrecerle algo de dinero si así queríamos.

Hacia el final de la excursión sacó de su mochila un cuaderno donde venía apuntando desde hace tiempo palabras y frases en los varios idiomas de sus otros “hermanos”. ¡Tendría por lo menos dos mil palabras... sólo en inglés! También nos enseñó una media docena de palabras de su propio idioma, el aymará. La que más me encantó: *waliki* (traducida por todas las fuentes que he encontrado como “¡muy bien!”).

La vuelta aquella tarde a donde nos alojábamos duró unas cuatro horas, y durante la mayoría de ese tiempo hablamos de ese encuentro con Carlos.

Me hizo pensar... entre otras cosas... en...

¿Cuándo fue la última vez en la que alguien te ofreció un producto o servicio (nombres fríos, diría Carlos) y te dejó la posibilidad de poner el precio?

Que yo sepa, a mí no me ha ocurrido últimamente.

Carlixto Ramos... ¡yuspagara!